

Kiosem se dirigió hácia la favorita, y cogiéndola de una mano, la condujo á otro cuarto dando mil excusas por las impertinencias de la enana, y luego se fué, diciendo que iba á volver al instante. La armenia quedó parada, y dijo á un eunuco negro que acababa de cerrar la puerta: «¿Qué significa eso?...» Oyóse una especie de gemido, y la desgraciada reconoció la voz de los mudos que querían asesinarla. «¡Oh! ¡sultan mio!...» dijo. El eunuco cerró los ojos para no ver su agonía. Un momento despues habia dejado de existir, y el eunuco, luego que hubo colocado la víctica sobre el diván que rodeaba el aposento, fué á decir á la valideh que habia ya cumplido su encargo. Todo pasó en menos de un cuarto de hora, junto al salon en que un centenar de mujeres charlaban, fumaban el chibuk y bebían el cavah, sin que nadie hubiese oído ruido alguno. La valideh fué á anunciar en persona al padischá que su favorita acababa de morir repentinamente. El sultan muy afligido en el primer momento, no sospechó de qué manera habia muerto la pobre armenia, y se consoló muy pronto.

Estaba sin duda escrito que los jefes de la religion tendrian hijas, cuya belleza cautivaría el corazón de los sultanes. Ibrahim, como el infortunado Osman, su hermano mayor, se enamoró de la hija del cheik-ul-islam, por la pintura que verbalmente le hicieron de todas sus perfecciones. No pensó en casarse con ella; pero despues de haberla hecho proponer inútilmente que consintiese en ser su primera odalisca, la hizo robar brutalmente, la tuvo ocho dias en el harem imperial, y luego la devolvió á su padre. Este acto de violencia indignó á todos los musulmanes, á quienes importaba muy poco que el sublime emperador se apoderase de una jóven griega ó armenia, como habia sucedido mas de una vez; pero no pudieron sufrir que se atreviese á tratar del mismo modo á una musulmana, á una velada, á la hija del reverenciado jefe de su religion. Se organizó una revolucion formidable, que tuvo por principales afiliados al kislár-aga, al cheik-ul-islam, y ¿quién lo hubiera podido presumir? á la valideh misma. Hacia mucho tiempo que la vieja princesa estaba descontenta de Ibrahim: Ibrahim la habia humillado con palabras amargas que la hacían sentir el término de su poder, y habia concebido el pensamiento de enviarle de nuevo á su café para colocar en su puesto al chazadeh, niño de siete años, cuya menor edad ofrecía á su ambicion una vasta perspectiva. Empezó la revuelta en los populosos barrios próximos al puerto; los genízaros subían tumultuosamente hácia el Serrallo, y los *levantis* (marineros), uniéndose á ellos, cometieron grandes excesos y penetraron en el primer patio del Serrallo. La multitud pedía que se le entregase el gran visir y algunas fa-

voritas subalternas. Los genízaros, escitados por los agentes de Kiosem, empezaban á atacar la entrada del segundo patio. El sultan los satisfizo á medias, nombrando otro gran visir y dejándoles degollar á algunos desgraciados. Pero al dia siguiente se presentaron en mayor número y con mayor encarnizamiento. Esta vez el cheik-ul-islam se hallaba con ellos, y proseguía abiertamente su venganza. Acababa de espedir un fetva, en que declaraba al pueblo que un sultan que no seguía la ley de Dios era indigno de gobernar y quedaba despojado de su omnipotencia. Ibrahim dió por respuesta á este decreto una orden para que se cortase la cabeza al cheik-ul-islam. Pero la insurreccion triunfó é invadió el Serrallo. El bastandji-buhi, que era del complot, se apoderó entonces de Ibrahim y le encerró en un cuarto abovedado con dos esclavos viejos encargados de cuidarle. Mientras tanto la valideh permanecía tranquila; habia hecho cerrar todas las puertas del harem; los eunucos negros se hallaban en sus puestos, y ella aguardaba en aquel inviolable asilo el desenlace de los acontecimientos. Pero cuando supo que los rebeldes habian penetrado en el tercer patio, profiriendo amenazas de muerte, salió de su departamento seguida solamente de dos esclavas fieles. Cubierta con un velo, avanzó en medio de aquellos hombres furiosos y llegó á apaciguarles y ganarles. Ellos se retiraron sin cometer ninguna violencia, y al dia siguiente Mohamet IV fue proclamado emperador. Se restableció el orden en la ciudad imperial y en el Serrallo, donde hubo dos sultanas validehs, la vieja Kiosem y la jóven Tarkhan. Ibrahim estaba bien guardado en su café; pero el cheik-ul-islam, que temía una nueva revolucion y no quería se le escapase su venganza, dió otro fetva declarando que el sultan Ibrahim merecía la muerte por haber ultrajado á las mujeres é hijos de sus súbditos. Fué en seguida él mismo con los mudos al cuarto abovedado en que estaba encerrado el emperador caído, y le hizo estrangular en su presencia.

Las dos sultanas se dieron prisa á enviar al Serrallo viejo el prodigioso número de mujeres que habian sabido agradar al sultan Ibrahim: mas de trescientas odaliscas fueron condenadas á llorar en aquella triste mansion. Cuando el harem imperial quedó desembarazado de esta superfluidad, la valideh Kiosem recobró la autoridad de que por algun tiempo se habia visto privada; pero la jóven madre del padischá quiso tener también su parte de influencia, y se formaron luego dos partidos. Kiosem, mas hábil, mas audaz y mas experimentada, destruía con poco trabajo las tramas de su rival y gobernaba el diván. Un dia, sin embargo, se cansó de esta lucha, y meditó el plan de una nueva revolucion con objeto de colocar en el puesto de Mahomet IV al jóven príncipe Soliman, su



Mirador de las mujeres del Serrallo en la fuente de los Tilos.

Esta fuente es un lugar querido de los turcos. El viernes, que es el domingo musulmán, van á ella al amanecer en *arabas* doradas, carros pesados que arrastran bueyes blancos con penachos. Allí, sentados en tapices de Persia y en

cogines de púrpura y de oro, pasan todo el dia mirándose en el agua tranquila de una elegante pila de mármol, fumando, bebiendo *chervets* (sorbetes), y oyendo música, cantares, y sobre todo historietas y chismeras. En el kiosco de Flamour,

hermano, y enviar al Serrallo viejo á la valideh Tarkhan. Los bajás estaban ganados, é igualmente los jefes de los genzaros, y hasta cierto punto estaban complicados en el complot todos los habitantes de Constantinopla, partidarios de Kioseem. Pero la jóven valideh tenia en el Serrallo muchos adictos; el jefe de los eunucos blancos, Soleiman-Agá, los icoglanes, la mayor parte de los grandes dignatarios que rodeaban al emperador, y la esforzada cohorte de los bastandjis, estaban resueltos á defenderle. Kiosen resolvió conducir secretamente á Soliman fuera del Serrallo, y presentarle al pueblo en la gran plaza del Al-Meidun, en tanto que los genzaros le proclamasen emperador. La noche fijada para la ejecucion de este plan era de las mas largas del año. Una hora despues de haberse puesto el sol, los conjurados se reunieron en la mezquita imperial, y el agá de los genzaros, que presidia la tumultuosa asamblea, hizo dar de todo conocimiento al gran visir. Este fingió aprobar todas las medidas que se acababan de tomar; pero en tanto que continuaban las deliberaciones, salió furtivamente y fué al Serrallo. La puerta que se llamaba de la Caza habia quedado abierta por orden de Kioseem, y él la mandó cerrar, puso guardia doble, y siguió adelante. Todo dormia ya en el departamento del emperador: los pajes y los eunucos blancos que le custodiaban durante la noche se habian echado á la entrada de su cámara. El gran visir hizo despertar inmediatamente al ulista-agá (porta-espada) y el jefe de los eunucos blancos, y envió al cheik-ulislam la órden de trasladarse al Serrallo; la cámara imperial quedó en un momento llena de gente, y todos hablaban por señas ó en voz baja sin mover el menor ruido. Un eunuco fué á despertar á la valideh Tarkhan y la informó de lo que estaba pasando. Corrió en seguida hácia su hijo, y tomándole en brazos, le dijo inundada de lágrimas: «¡Hijo mio! ¡vamos á morir!» Como estaba tapada con el velo, algunos creyeron que era la sultana Kioseem y quisieron apoderarse de ella; pero ella descubrió su semblante con ademán altanero, y volviendo la cabeza, empezó á enjugar los ojos del jóven emperador que lloraba apoyado en su pecho. Todo estaba tranquilo en el harem; pero se velaba aun en el departamento de la vieja sultana, la cual, contra su costumbre, no se habia acostado despues del quinto rezo, y envuelta en su manto de marta cibelina, se divertia oyendo la música y las canciones de sus mujeres. Aguardaba tambien la hora de salir del Serrallo con su nieto Soliman, y tenia escalonados diez mil genzaros con el

oculto en un recodo de la montaña, cerca del palacio Blanco, es donde el nuevo sultan, que parecia insensible á todo placer, iba en los primeros meses de su reinado á descansar de un ceremonial demasiado severo para no ser afectado.

*Adalberto de Beaumont.*

mosquete al hombro y la mecha encendida á lo largo del camino que iba á tomar.

En medio de este peligro inminente, el gran visir tomó sus medidas con una sangre fria y una presencia de ánimo admirables. No le quedaba mas que un medio de salvacion, y resolvió emplearlo. Este medio consistia en pedir al sultan que mandara matar á la valideh Kioseem. Mahomet IV tenia apenas nueve años; comprendió sin embargo la enormidad de la accion que se le exigia, y firmó temblando el papel que le presentaban. El cheik-ul-islam, legalizó inmediatamente aquella sentencia que decia espresamente que «la sultana Kioseem seria estrangulada; pero que no se magullaria su cuerpo á fuerza de golpes, ni se le haria pedazos.»

El kislár-agá quiso que se encargasen de la ejecucion eunucos negros; pero los icoglanes furiosos se precipitaron hácia delante con la órden del sultan en la mano, y se atrevieron á penetrar en el harem. Dieron muerte á algunos eunucos que quisieron defender la entrada, y se dirigieron al departamento de la valideh Kioseem. Todas las luces estaban apagadas, y reinaba en aquella mansion el mas profundo silencio. Se encendieron antorchas, y los icoglanes empezaron sus pesquisas. Al abrir la sala, donde, un momento antes, las esclavas cantaban y bailaban al son de instrumentos, se les presentó una vieja que avanzó hácia ellos con una pistola en la mano, exclamando: «¡Yo soy la muy ilustre sultana, abuela del sublime emperador!...» Iban á matarla; pero el kislár-agá les detuvo, porque aquella pobre mujer era la bufona de la valideh, que con una impostura queria salvar á su señora sacrificándose por ella. Se encontró en fin á Kioseem echada en el fondo de un grande armario, debajo de un monton de chales de Persia. Un icoglan le asió de los pies y la arrastró fuera de su escondrijo. Ella se levantó de pronto y echó una mirada en torno suyo. Estaba, como tenia de costumbre, ricamente ataviada, y llevaba en las orejas los magníficos pendientes que en tiempo de su favor le habia regalado el sultan Achmet. «¡Jóven de hermosa presencia, dijo al icoglan, ten piedad de mí!... te prometo cien bolsas (talegas).—¡No se trata de rescate, traidora! exclamó el icoglan llamando á sus compañeros.» Ella entonces sacó de sus bolsillos suñados de zequíes, y los echó sobre la alfombra, con la esperanza sin duda de ganar algun tiempo. En efecto, algunos se detuvieron para recoger aquella preciosa moneda; pero el icoglan que se habia adelantado el primero, asió del cuello á la vieja sultana y la derribó, y luego empezó á desnudarla con el auxilio de los otros. Un bastandji llamado Ali la arrencó los pendientes de las orejas: se la arrebataron tambien las demás joyas y sus soberbios vestidos, y hasta sus babuchas bordadas de perlas. Cuando estu-

vo casi desnuda, los miserables la arrastraron fuera del harem, y conduciéndola bastante lejos del lado que miraba á la plaza de la Caza, pasaron una cuerda alrededor de su cuello para estrangularla. La valideh Kioseem, reducida á este último extremo, no se rindió, y hallándose cerca de su boca la mano del icoglan que apretaba el lazo, le mordió en el pulgar con tanta fuerza que le hizo soltar la cuerda. Entonces él la dió con el puño de su puñal un golpe en la frente que la hizo perder el conocimiento. Allí quedó sin respiracion ni movimiento, y creyeron todos que estaba muerta. Pero un momento despues recobró sus sentidos, y levantando un poco la cabeza, volvió los ojos en todas direcciones como para pedir socorro. Los verdugos volvieron allí, y la remataron. Al asomar el alba, el kislár-agá hizo sacar de allí aquel cuerpo, del cual, segun sus órdenes, no habia brotado sangre, y lo entregó á las mujeres y eunucos negros, que lo enterraron en uno de los patios de la mezquita de Achmet.

En Kioseem termina la serie de las sultanas que han mandado soberanamente en el Serrallo y gobernado al emperador. La valideh Tarkhan abandonó el poder á los grandes visires, y no se reservó mas que los medios de practicar buenas obras. Piadosa y liberal, fundó hospitales, dió mucho á los pobres y fundó la elegante mezquita que se ve al llegar á la ciudad imperial, delante de Galata.

Ningun recuerdo han dejado las favoritas que han ocupado el Serrallo desde el reinado de Mahomet IV;

aquellas existencias oscuras aunque mezcladas con tantas grandezas, se han estinguido sin que de ellas haya quedado vestigio alguno.

Despues de la destruccion de los genzaros, el sultan Mahmud abandonó para siempre el Serrallo, y fijó su residencia en sus palacios del Bósforo. Sin embargo, la capital del imperio queda en la Sublime Puerta, donde se hallan establecidos los distintos ministerios, y sus innumerables empleados reemplazan al pueblo de esclavos que llenaba en otro tiempo aquellas grandes construcciones irregulares y vivia enterado entre sombríos muros.

Hoy todo ha variado en la córte otomana. El fausto de los antiguos dias no existe ya; si hay mudos aun, estos mudos carecen de ocupacion, y no es gran papel el que desempeñan los eunucos blancos. Los eunucos negros siguen allí vigilantes y melancólicos, pero no son mas junto á los sultanes que criados de servicio. El harem imperial sigue al sultan en sus distintas residencias; las odaliscas tienen maestros de música, y se pasean en coche por las calles de Constantinopla y hasta de Pera. Pero nada queda ya de las distinciones que tanto envejecian á sus antecesoras. Las favoritas no tienen ya nombre ni sobrenombre; se las designa prosaicamente con números: señora primera, señora segunda, etc., etc. Actualmente no corren el riesgo de ser mortalmente heridas por su señor, ó cosidas dentro de un saco de cuero y echadas al fondo del mar.

M. MME. X.